

© Antonio Reis Navares (Arenasil)

© Ediciones Beta III Milenio, S.L.
Avda. Ramón y Cajal, 35. 48014 Bilbao
Tel./fax: 94 476 11 55
edicionesbeta@edicionesbeta.com
www.edicionesbeta.com

ISBN: 84-89212-37-6

D.L.: BI-2676-06

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Realización técnica: Ediciones Beta III Milenio, S.L. Printed in Spain

ARENASIL

56 ESTACIONES PARA UN VIACRUCIS



ANTONIO REIS NAVARES (ARENASIL).

Nací en Aranda de Duero (Burgos) en 1944. Estudios de Bachillerato y tres años de Historia en la Universidad de Valladolid. He sido profesional de la radio, en Radio Juventud, durante cuatro años y he colaborado durante un año, con un programa propio, en la SER. Mi primer poema lo publicaron en una revista de adultos, sin pedirme permiso, cuando sólo tenía catorce años. A los veintiún años obtuve dos primeros premios, uno de poesía y otro de guiones de radio, en el concurso nacional "Palestra Literaria". Después me publicaron una serie de poemas, siempre sin permiso, en la revista *Veleta de las artes y de las letras, de Zaragoza*, ciudad en la que obtuve el primer premio de poesía navideña, convocado por la Excma. Diputación Provincial; un segundo premio de novela corta, en Aranda de Duero. A estos premios siguieron algunos más.

Colaborador habitual de diversas publicaciones periódicas. Miembro fundador de TELIRA, en cuyos cuadernos he publicado unos cuantos poemas; en libros colectivos: *Pájaros de papel*, editada por Ediciones Beta; *Del lagar y la pluma*, TELIRA; *Huellas*, TELIRA; *Aquí llama primera del XXI (poetas de Burgos)*, TELIRA. He escrito más de cuarenta mil versos y varias novelas; aunque mi único libro publicado es el poemario *A mil kilómetros*, número tres de la colección Telira. Participo asiduamente en la tertulia "Gerardo Diego" del madrileño Café de Oriente y soy socio de "Versos pintados", del insigne Café Gijón.

A mis hijos Yago, Gadea y Alfonso

ÍNDICE

	PRÓLOGO DE DONATO-MIGUEL ARCE	9
	INTRODUCCIÓN	17
I	PREFACIO: AL CRISTO DE LA SALUD	19
II	INVOCACIÓN	20
III	DESIERTO DE EFRÉN	21
IV	MARÍA MAGDALENA	22
V	CON LOS GRIEGOS	23
VI - VII	LA EUCARISTÍA	24
VIII	EL ANFITRIÓN	26
IX	GETSEMANÍ	27
X	PEDRO	28
XI	JUAN	29
XII	SANTIAGO	30
XIII	LA ORACIÓN DEL HUERTO	31
XIV	VALENTÍA DE PEDRO	32
XV	EL ABANDONO	33
XVI	EL SANEDRÍN	34
XVII	UN FALSO TESTIGO	35
XVIII	ANÁS	36
XIX	CAIFÁS -1	37
XX	CAIFÁS -2	38
XXI	EL ESCARNIO	39
XXII	LA NEGACIÓN DE PEDRO	40
XXIII	JUDAS	41

XXIV	PILATOS -1	42
XXV	HERODES	43
XXVI	LA MUJER DE PILATOS -1	44
XXVII	PILATOS -2	45
XXVIII	LA MUJER DE PILATOS -2	46
XXIX	EN EL LITÓSTROTOS	47
XXX	ANTE PILATOS	48
XXXI	“YO ME LAVO LAS MANOS”	49
XXXII	LA CORONA DE ESPINAS	50
XXXIII	SIMÓN DE CIRENE -1	51
XXXIV	SIMÓN DE CIRENE -2	52
XXXV	“NO LLORÉIS POR MÍ”	53
XXXVI	LA VERÓNICA -1	54
XXXVII	LA VERÓNICA -2	55
XXXVIII	“PADRE, PERDÓNALOS”	56
XII	“TENGO SED”	57
XL	“STABAT MATER”	58
XLI	MARÍA MADRE	59
XLII	JUAN	60
XLIII	EL BUEN LADRÓN	61
XLIV	AL BUEN LADRÓN	62
XLV	EL LADRÓN MALO	63
XLVI	SEIS SEGUIDORES	64
XLVII	EL CENTURIÓN	65
XLVIII	NICODEMO	66
IL	JOSÉ DE ARIMATEA -1	67
L	LAS TRES MARÍAS	68
LI	“CONSUMATUM EST”	69
LII	LA MUERTE	70
LIII	MUTILACIONES	71
LIV	LA LANZADA	72
LV	JOSÉ DE ARIMATEA -2	73
LVI	POSFACIO: AL CRISTO DE AVEIRO	74

PRÓLOGO:
VIACRUCIS O PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO SEGÚN ARENASIL

Querido lector, creo que ya es el octavo borrador que escribo para elaborar el prólogo de este libro. He intentado ambientar el viacrucis desde la tradición, enmarcarlo dentro de la Pasión de Cristo, mostrar su sentido teológico, la soteriología, puede ser un defecto profesional.

También he tenido la tentación de explicar el aspecto procesal judío y el romano, en un caso de condena a muerte en la época de Cristo. A veces uno pretende demostrar que conoce bien un tema o tomar inconscientemente el protagonismo que no le corresponde.

En este caso el protagonista es Arenasil, él protagoniza su visión personal del camino de la cruz, sus estaciones y sus personajes. Una vez leído y releído los escritos del autor he seguido sus propios pasos, al acorde de aquel proverbio indio que dice más o menos así: “nadie sabe realmente lo que es un indio hasta que no lleva durante dos lunas sus mocasines”.

Y tomando las calzas de estos versos he podido observar cómo la primera mirada se extasía en el Cristo de la salud. Allí se mezclan el cansancio con la agonía relajada, el alivio con la plegaria serena y el fruto de un amor omnipresente, tanto más generoso cuanto más se va acercando hasta la muerte.

Se palpa un amor divinamente humano y humanamente divino, una entrega dolorosa y total por la persona. Arenasil remarca el deseo de ser Cirineo, llevar el sufrimiento humano, y escribir el propio evangelio poético del dolor y la redención, el evangelio de la muerte y de la vida.

Llegamos al tercer soneto con la extrañeza del propio título. ¿Por qué introduce el desierto de Efrén en un viacrucis?, es el lugar donde estuvieron Juan Bautista y Jesús preparándose para su anuncio, ¿por qué la Betania desértica del otro lado del Jordán?, ¿por qué se despide de Jerusalén en el camino del desierto donde espera ordenar su desconcierto?. El autor da su explicación en un momento extremo llegando a afirmar: “Me voy de ti como se va la tarde,/ siguiendo al sol que eternamente rota;/ porque mi padre quiere que retarde /la hora de apurar la última gota”.

Y nos introducimos en uno de los perfiles importantes en esta serie de sonetos, el carácter femenino. Tiene su inicio con María Magdalena en el momento que afronta la sentencia de muerte de Jesús, recalca posteriormente en la mujer de Pilatos, las mujeres de Jerusalén, la Verónica, o su Madre, para acabar contemplando los sentimientos más desgarrados de las tres Marías. María Magdalena se presenta mirando a la vida, a los perfumes rociados, a los sueños, persigue la sombra de su sombra y se refugia en la eternidad de los recuerdos vividos.

Jesús vuelve la mirada en este camino doloroso del amor y ofrece la posibilidad de ser su amigo, de compartir la suerte del que murió como en el surco muere el trigo para perpetuarse tras la muerte. Ofrece el escándalo para los judíos y la necedad para los griegos. Este trigo que se perpetúa se hace eucaristía para los amigos fieles con los que ha compartido, para los que han estado unidos a Él hasta el último momento, y los premia con la eterna comunión. Cristo perpetúa su presencia en el cuerpo hecho de pan, y se reparte a todos obsequiándolos con la divinidad y haciéndolos eternos.

Después, con el final de la última cena, llega el temor humano de perder el amigo amado. Le pide que no lo abandone, que no deje su casa... y en los poemas VI, VII y VIII se debate entre la presencia y el temor de la ausencia o el sentimiento de pérdida.

Pero los sonetos no se paran, sobreviene inexorablemente el momento de Getsemaní, la imagen de la amistad, la de sus discípulos amigos y leales, la imagen de los que siempre han estado a su lado. Jesús es el protagonista, un Jesús que valora la amistad de sus discípulos como fieles compañeros del hambre, de la sed y de la incuria. Son nobles, fieles, leales, los primeros en seguirle. Son elegidos por todos los valores, son los que necesita que se queden a su lado porque necesita estar acompañado. Es el momento de Pedro, de Juan y de Santiago.

Pedro se dirige a Jesús, es Simón, y recibe el nombre de Pedro, la piedra angular para un pueblo que es la iglesia, esa asamblea entendida como reunión y signo de unidad. Y le muestra su valía, le asegura a Jesús que es un cedro firme, capaz de aguantar los huracanes, la prueba, o

la dificultad, que no se arredra, y afronta las circunstancias con un carácter que no se bambolea. El sigue las ideas del maestro, es depositario de la fe, y su única aspiración es la palabra del maestro.

Sólo pretende recibir como recompensa el poder seguir a Jesús, mirarlo y sentirlo para alcanzar la paz, y le dice al maestro que rece, que esté tranquilo, que él no vacila en defenderle.

Después Juan sólo piensa, y casi se obsesiona, con el deseo de quitarle el dolor a Cristo o compartirlo con Él para mitigarlo.

Santiago, sin embargo, parece que se quiere justificar ante Jesús, e insiste en su fidelidad, en que ha estado siempre a su lado a toda costa, pero que en estos momentos necesita otro tipo de Jesús, necesita el esplendor de Cristo, no quiere ver el lienzo de la figura hundida y de la angustia, del abatimiento o la amargura que tiene delante de sus ojos.

Y entonces, Getsemaní se convierte en huerto de oración, en momento crucial, y soneto del pánico, del sudor frío que sacude el cuerpo, y a la vez se antepone la voluntad del padre, piensa en él y entra en escena una humanidad que supera la tortura más horrible, la que camina dando pasos que no tiemblan.

Pedro se une a la valentía de Jesús y dirigiéndose a Él se convierte en soneto decidido a defender su vida con ardor y sin temores. Se dirige a los judíos en modo amenazante y escucha a su vez la sugerencia de guardar la espada, porque todos sabemos el final de aquel que a hierro mata.

Ahora, la valentía se transforma en abandono, recibe el recuerdo de los discípulos dormidos, y la divina sensación de soledad. Aparece en el cielo del poema la relación entre el pastor y las ovejas, y comienza a chispear un dolor henchido en soledad, empapado en la realidad de quien se aleja y pierde su propio redil. Por eso, la condena que hace Jesús en boca del poeta no está dirigida a quien lo traiciona, sino que se convierte en angustia por la soledad que se siente cuando más se necesita compañía.

Y sumido Jesús en esta soledad nos encaminamos con Él hasta el Sanedrín, allí los ancianos lo esperan para firmar una injusticia, para librarse de Él. Y lo tratan de amotinador, de seductor de la chusma, de que se cree rey y redentor. ¡Qué imagen tan gráfica para desvelar el sentir de los ancianos!: “hemos de erradicar la sementera/ cuando la idea aún no ha echado flor”.

Nos acercamos hasta el falso testigo, se propone como el cazador de recompensas para aprovecharse de la circunstancia. El falso testigo pondera a Jesús e intenta añadir un plus de beneficio. Una actitud de todos los tiempos que se hace vida mostrando un acuerdo y testificando que Jesús quiere destruir el templo.

Allí se encuentra Anás, está convencido de que Jesús debe morir, pero prefiere que sea Pilatos el que lo ejecute. Caifás, mientras tanto, busca el motivo para que el pueblo lo condene, le arranca la aparente blasfemia de ser hijo de Dios y lo manda azotar.

Ya tenemos a Jesús golpeado, con odio y con saña, negado por quien le mostró su valentía, traicionado por uno de los suyos. Aparecen los sentimientos más nobles junto a los más viles, desplegando el arco iris global de la dualidad

humana. De la punta del iceberg surgen Pilatos y su mujer, para librar a Jesús o condenarlo, seguir el propio criterio o dejarse llevar de la decisión de la gente, y entre medias: el antojo de Herodes.

Paulatinamente se van entremezclando situaciones como de condena humana y perdón divino, reinado humano y reino de Cristo, condena e inocencia, responsabilidad junto al lavado de las manos. Y todo continúa en su condena, aparece como telón de fondo la corona regia de las espinas, la sangre convertida en agua que se entrega y a continuación no espera nada.

El cireneo se rebela, no entiende que lo condenen, lo ayuda y le pide que lo ayude. Y ayudado por Simón de Cirene continúa el soneto en su misión de consolar a las mujeres de Jerusalén, de llenar de amor el rostro de la Verónica. Y el perdón se convierte en manantial que encauza el peso del dolor, de tanta muerte, de tanto desamor. Llega la sed, saciada en el encuentro con su madre, para que reciba en entrega el nuevo hijo, para que ella quiera morir con él, para que Juan se quiera morir también, y reciba este a la nueva madre como se merece.

Pero Jesús se tiene que encontrar con los ladrones y articula la muerte y la vida, el castigo y el perdón con el ladrón de la bondad, y recibe la maldición del ladrón malo, que ofrece la bendición a cambio de su libertad.

Pocos sonetos le quedan al camino, en él encuentra a media docena de seguidores, ahora ya es un Cristo que perdona al pueblo, como el Padre lo hizo en la época de Abrahán. Ya se ha parado la imagen, ha llegado el final del camino, pero no de los sucesos. El centurión desde lejos se disculpa, Nicodemo manifiesta su amor y su amargura al

igual que la Verónica. Y José de Arimatea lo sigue aún en la distancia. Pero las mujeres lloran y en su dolor germinan como piedras angulares.

Sólo queda un rostro que se vuelve al Padre, pacífico y sereno, todo lo ha cumplido, ha realizado lo que debía, y se pone en sus manos, y se muere, al tiempo que su muerte modifica el universo. El universo muere mutilado, para evitarle sufrimiento y a Cristo lo atraviesan con la lanza porque “no quebrantarán los huesos del cordero”. José de Arimatea, entonces, como Espronceda en la canción del pirata, se siente libre para declarar sus verdaderos sentimientos.

Y acaba este relato lector, con un Cristo que continuamente muere y resucita, en Él se unen la luz y las tinieblas, la muerte y la vida, la historia divina y humana. Y el embeo de Arenasil nos pregunta: ¿a qué me invitas con tu ser y no ser insinuante? Tal vez has de estar crucificado para que mi esperanza envanecida pueda volverte a ver resucitado. Sólo queda, lector, que estos sonetos nos conviertan en soneto, en contenido y poesía. Los sentimientos y actitudes que caminan por estas estaciones, y por la vida misma, tan antigua y actual, hagan que todos nosotros vayamos parando el viacrucis, para convertirnos en embeo y poesía. Cada uno sabrá con cuál se identifica. Disfruta como yo de cada uno de estos versos y deja que te inspiren.

Donato-Miguel Gómez Arce

INTRODUCCIÓN

Hace como diez años escribí unos sonetos sobre algunos personajes de la pasión de Cristo; aunque sólo hace unos meses que me decidí a completar una obra unitaria sobre el tema. En realidad fue la insistencia de María Luisa, mi esposa, lo que me hizo decidirme. Nunca se lo agradeceré lo suficiente; porque, a pesar de saberme casi de memoria los evangelios, nunca había reflexionado tanto.

He vuelto a releer los textos bíblicos como si fuera la primera vez y confieso que he ido de sorpresa en sorpresa. Aspectos como la valentía del sanedrita José de Arimatea o la de Nicodemo, nunca antes habían llamado mi atención. Hoy los veo como los más fieles de los fieles. Darme cuenta de que, cuando Jesús dice “aba o “abba”, está diciendo “papá” me enternece todavía cada vez que me viene a la memoria.

En realidad he escrito un viacrucis intentando meterme en el interior de cada protagonista. Ojalá el lector sienta todo lo que yo he sentido.

Arenasil